

# LA MUJER SAMARITANA

Y LA FUENTE DE VIDA ETERNA



**C**argada con su pecado, aquella mujer avanzaba entre los polvorientos caminos de Samaria. Sólo deseaba agua, pero al saberse juzgada y criticada, la única manera de obtenerla era a la hora del día en que nadie la viera. Había vivido con cinco hombres diferentes y su actual pareja no era su marido. Un pasado tormentoso. Para la gente de aquellos días, esa mujer constituía lo más bajo de una sociedad estrictamente religiosa. Sin embargo, su vida iba a cambiar radicalmente.

Desde la eternidad pasada, Dios había determinado que ese día, a esa precisa hora, Jesucristo pasara por ahí. “Le era necesario pasar por Samaria” (Juan 4.4). Fue así porque Jesucristo “vino a buscar y a salvar lo que se había perdido” (Lucas 19.10). Y ahí había una mujer que se había perdido y que necesitaba ser salvada.

Jesús le pide agua. Desconcertada, ella contesta: “¿Tú... me pides a mí?” (Juan 4.9). Pero ¡qué grande sorpresa escuchar que Aquel que le estaba pidiendo agua le estaba ofreciendo algo mejor: agua viva! Sin embargo, ella era orgullosa y cínica. “La mujer le dijo: Señor, dame esa agua, para que no tenga yo sed, ni venga aquí a sacarla” (Juan 4.15).

Entonces, vino la convicción de pecado. “Jesús le dijo: Ve, llama a tu marido, y ven acá” (Juan 4.16). Sutilmente, Jesús estaba recordándole que ella había quebrantado la ley de Dios. Y, antes de que lo viera venir, también expuso en breves instantes su pasado y el pecado que ella había querido ocultar.

Con todo, ella no se rinde y pretende desviar la conversación hacia temas religiosos. ¿Se debe adorar aquí o en Jerusalén? Cuando las palabras de Jesús la dejaron sin argumento, tuvo que reconocer: “Sé que ha de venir el Mesías, llamado el Cristo; cuando él venga nos declarará todas las cosas” (Juan 4.25). Ese era el punto. Ella sabía que el Mesías revelaría todo y ahí había un hombre que, sin conocerla, había expuesto lo que ella tanto deseaba ocultar.

Cuando Jesús le reveló que Él era el Mesías, diciéndole: “Yo soy, el que habla contigo” (Juan 4.26), ella olvidó el agua que había ido a buscar. El cántaro rodó por la tierra, derramando el preciado líquido. Ya no lo necesitaba. Personalmente, había recibido el agua viva. Ella, por fe, había creído en Jesús y había sido salva.

Entonces, decidió hablarles a sus conciudadanos acerca de Jesús. Días más

tarde, ellos también reconocerían: “Verdaderamente éste es el Salvador del mundo” (Juan 4.42).

¿Qué de usted, apreciado lector? ¿Ha reconocido que Jesucristo es el Salvador del mundo, así como la mujer samaritana y sus vecinos? Aquella mujer, a pesar de un pasado tan complicado, fue perdonada. ¿Ha sido usted perdonado? Crea por la fe en el Señor Jesucristo y tendrá el perdón de sus pecados, un lugar en el cielo y recibirá el agua viva que sólo Dios puede dar.

José Manuel Díaz



**Publicaciones Pescadores**  
[publicacionespescadores@gmail.com](mailto:publicacionespescadores@gmail.com)